



Cuentos navideños

Pedro Fernández de Córdoba Álvarez

Cuentos navideños

• • •

Pedro Fernández de Córdova Álvarez



Cuentos navideños

© Autor:

Pedro Fernández de Córdova Álvarez

© Universidad Católica de Cuenca

© Editorial Universitaria Católica de Cuenca

Segunda edición: noviembre de 2025

ISBN: 978-9942-27-317-8

e-ISBN: 978-9942-27-318-5

Editora: Dra. Nube Rodas Ochoa

Edición y corrección: PhD (c) Paúl Miño Armijos

Diseño y maquetación: Dis. Vicente Condo Zhimnay

Diseño de portada: Dis. Vicente Condo Zhimnay

Impreso por Editorial Universitaria Católica (EDUNICA)

Dirección: Tomás Ordóñez 6-41 y Presidente Córdova

Teléfono: 099-517-8716

E-mail: edunica@ucacue.edu.ec

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin permiso por escrito de la Universidad Católica de Cuenca, quien se reserva los derechos para la segunda edición.

Cuenca-Ecuador

Índice

• • •

Presentación

Eugenio Cabrera Merchán.....7

1. El viejo Noel.....	9
2. El árbol de Navidad	21
3. El ángel de la ternura	43
4. El ansiado regalo	65

Presentación

• • •

Eugenio Cabrera Merchán

Abstrayéndose de su tiempo dedicado a la cátedra universitaria, la filosofía y la profesión de jurista, y amparado en el alero fecundo, sólido y respetable de su hogar, Pedro Fernández de Córdova Álvarez, ha tejido sus *Cuentos navideños* pensando en sus pequeños hijos y también, con gran generosidad, en todos los niños y niñas del mundo.

Mi amigo, nuestro amigo Pedro, con vocación y devoción de maestro, transmite la ternura y sencillez un mensaje de dulzura, amor y paz, e invita a la más cálida reflexión en la hora en que la comunidad universal celebra la Navidad.

Con ágil y comprensivo lenguaje, sus cuentos sitúan al lector en el tiempo y en el espacio, y nos hacen recordar, ya de adultos, nuestras esperanzas de niños y los anhelos vigentes.

Nos complace contribuir a que estos relatos (“El viejo Noel”, “El árbol de Navidad”, “El ángel de la ternura” y “El ansiado regalo”) lleguen al público en estos momentos cuando la humanidad más necesita un reencuentro.



Uno
....

El viejo Noel

Conformando la Corte Celestial, había una vez un ángel muy querido por todos y por todos respetado. Era Noel, uno de esos ángeles divertidos y alegres, siempre sonriente y bonachón, comedido y afable. Había alcanzado ya esa edad en la que aun a los hombres se les denomina “viejos” y por ello se mostraba como estos cuando han llevado una vida alegre y placente: unas mejillas llenas y sonrosadas, un abultado vientre nada estético para su categoría angélica, así como unas manos gordezuelas y blancas que, en vez de nudos óseos, mostraban en el dorso unos hoyuelos. Su cabellera era blanca y abundante, al igual que su brillante barba, la cual, más de una vez, fue mirada con cierta codicia por el propio San Pedro.

La larga y, desde luego, ancha túnica que vestía, estaba siempre ajada. Las sandalias deslustradas, casi formaban parte de sus propios pies, pues sus cordones eran una interminable sarta de nudos imposibles de deshacer.

Su aureola opaca y ladeada, completaba un atuendo que a las claras demostraba la despreocupación personal en que vivía, a causa de su excesiva preocupación por los demás. Porque si Noel era poseedor de inapreciables cualidades que le hacían acreedor al cariño de sus hermanos del Cielo, era, al mismo tiempo, dueño de un terrible defecto, que a su vez le traía consigo esa despreocupación. Y es que nuestro ángel era extraordinariamente curioso. No había lugar en el Paraíso que no hubiese sido por él inspeccionado y observado.

Aunque Noel, por su condición, no tenía una ocupación expresa y determinada, lo cual favorecía su inclinación a querer mirarlo todo, siempre estaba haciendo algo, ayudando a unos y otros. Claro está, no exclusivamente por ayudar, sino también por enterarse de todo cuanto en el celeste lugar sucedía. Sabía perfectamente escarmenar los copos de nieve e irlos superponiendo uno sobre otro, hasta integrar el blanco manto de los estratos.

Se mostraba un experto cuando batía concienzudamente las nubes negras en un gran recipiente y las esparcía luego, formando los oscuros *nimbus* que dejarían caer la lluvia sobre la Tierra. A las nubes más blancas y espesas las cernía en un inmenso arnero, para dejarlas caer, transformadas en nieve, a lo largo del invierno; mientras en el verano, sudoroso pero contento, enderezaba los brillantes rayos del sol para abrigar el correspondiente hemisferio y provocar la periódica maduración de meses y de frutos.

Así participaba en la natural sucesión de las estaciones, contribuyendo para que la Tierra y sus habitantes, por quienes sentía especial predilección, tuvieran una pauta a qué atenerse. Conocía con precisión el sitio de cada estrella, así como la técnica de tender con exactitud y corrección la hermosa cinta del arcoíris. Y cuando la época lo exigía, cual si jugara a hacer pompas de jabón, iba soltando en el ambiente, con intercalados soplos, grandes y redondeados pedazos de escogidas nubes grises, hasta formar los cúmulos.

Se hallaba pues, al tanto de todos los trabajos a realizarse en el Cielo y hasta podía decirse que no había rincón en toda su infinita inmensidad, que no lo hubiera visitado con igual regularidad y constancia, en busca de noticias. Existía por allí, perdido entre las más lejanas galaxias, un sitio al cual se llegaba no sin buen trabajo y harta fatiga, sin embargo, era el paraje más frecuentado por Noel. Era este, un lugar amplio y umbroso, sobre el cual se elevaban dos enormes montañas. La una estéril y trunca, con enormes oquedades y grietas, como cantera en plena explotación, indicando de manera inequívoca que su material se usaba en abundancia y a cada momento: era la tristeza. La otra montaña, empinada y grácil, cubierta de lozana vegetación bañada por numerosos hilos de plata que bajaban desde su cima, estaba casi intacta, mostrando tan solo unos leves rasguños en su falda: era la alegría...

Noel era el autor de varios de esos rasguños, pues para cada visita que esporádicamente y de escapada realizaba hacia la tierra, procuraba llevar de regalo un poco de alegría.

Cierto día, en lo más alto del Cielo, en medio de una animada conversación, ayudaba a un grupo de ángeles a peinar cuidadosamente los finos y blancos cirros, formando con ellos bellísimos abanicos que parecían de pluma. Entonces vio pasar, cerca ya del crepúsculo, rauda y majestuosa la figura de un hermoso ángel, que portando en su diestra una grande y luminosa estrella, hendía el firmamento con visibles muestras de regocijo.

Como todo lo que se hacía en el Cielo fuera de la habitual calma y parsimonia, picaba singularmente su curiosidad este hecho, así que se levantó en seguida.

—Tengo que realizar un trabajo urgente —dijo a los que antes ayudaba, al tiempo que desplegando suavemente sus grandes alas. Emprendió el vuelo para satisfacer su curiosidad. Sonrió el grupo de ángeles, comprendiendo el impulso de su viejo hermano y siguieron afanosos en su artística tarea.

—¿Qué es lo que sucede, qué acontecimiento se avecina? —Preguntó, tratando de sofocar y disimular el cansancio que su largo vuelo le había provocado, juntamente con el ansia de saberlo pronto, porque su curiosidad iba en aumento, a medida que observaba la agitación reinante en el Paraíso. Pero no hubo quién le respondiera. San Pedro corría de un lado a otro, impariendo órdenes. El coro ensayaba unas nuevas y alegres canciones. El arcángel San Gabriel colgaba con apresuramiento las estrellas, engalanando el Cielo. Grupos de ángeles y serafines formaban corrillos y en todos, se reflejaba el gozo. Todo era movimiento y algarabía.

—¿Qué sucede? —Inquirió de nuevo y como nadie le diera oídos, tomó por los hombros a un joven ángel que salía presuroso de un iluminado recinto, con un gran libro bajo el brazo, y preguntó por tercera vez:

—¿Qué es lo que pasa? —El interrogado, que conocía de sobra a Noel, a quien incluso gastó con frecuencia algunas bromas, solo contestó:

—En la Tierra va a nacer un niño —y se esfumó rápidamente.

Noel quedó perplejo. “Pero, acaso no nacen muchos niños todos los días” pensaba, mesándose la barba “Este debe ser de gran importancia, de lo contrario, imposible explicar tanta agitación, tanta alegría... tengo que averiguarlo” dijo entre dientes “sea como sea, tengo que saberlo”.

Lo primero que hizo, luego de tomada tal decisión, fue volar en procura de un poco de felicidad para llevarla al recién nacido, sin reparar en su cansancio ni en la obscuridad que ya por completo envolvía a la mitad del planeta. Cuando llegó al lugar donde los montes se elevaban, raspó sobre la falda del que representaba la alegría con impaciencia manifiesta. Logró sacar unas delgadas franjas y emprendió el penoso y largo vuelo de regreso. Llegó al sitio donde había estado esa tarde y desde donde vio pasar al ángel de la estrella, y tras tomar un poco de aliento, comenzó a volar

de nuevo, cansado y ansioso, en busca de ella, a la que halló colocada justo sobre un humilde pesebre, bañándolo con su plateada luz. Era ya medianoche y el coro angélico cantaba con singular dulzor.

Suavemente se deslizó cerca del miserable albergue, que tenía cerrada su única puerta, por cuyas anchas rendijas, salían al exterior los vacilantes reflejos de un incipiente fuego encendido en el suelo, a manera de hogar, para que diese calor y lumbre. En la pared opuesta había una pequeña ventana por la que se cernía al interior la macilenta luz de las estrellas. Aunque el cielo estaba límpido, el frío era intenso. Noel asomó su blanca y ensortijada cabeza por la ventana y vio a un hombre atizando la débil hoguera, cerca de la cual se hallaba una joven mujer de extraordinaria belleza, acunando en su regazo a un niño recién nacido. Eran José, María y Jesús, que componían el más tierno cuadro de humildad y amor.

Noel, enternecido hasta lo más íntimo de su ser, pensó que, a pesar de tanta pobreza, el niño

estaba alegre y no necesitaba su regalo, pero decidió entrar para verlo todo hasta el detalle. Suavemente se elevó y pasó la ventana, cayendo adentro con igual suavidad, como quien salta una pequeña valla. Estaba seguro de que nadie le vería y obrando tan en silencio, no se darían cuenta de su presencia.

La risueña carita de Jesús le movía a querer verla más de cerca y con más detenimiento. Se iba aproximando... pero las radiantes pupilas del Mesías le detuvieron, al tiempo que sonreía de cierta manera que a Noel le pareció de burla y hasta de reconvención.

Sintió que todo un mundo de fuego le invadía. El rostro le quemaba y sus sienes estaban prestas a estallar. Temblaban sus manos y sus labios resecos emitían incoherentes súplicas de perdón, al tiempo que depositaba su regalo en el suelo, a los pies del niño. Algo asustados, José y María repararon en el visitante, quien sintió crecer su embarazo y confusión, tanto, tanto, que su vergüenza, saliéndosela del cuerpo, tiñó de rojo sus vestiduras.

El niño sonrió muy dulcemente ahora y una voz portentosa dijo a Noel:

—En castigo a tu curiosidad, lo que has hecho hoy con mi hijo, lo harás todos los años, con todos los niños del mundo, y así vestirás de hoy en adelante.

Noel comprendió al instante que era Dios quien así le había hablado. Se postró de rodillas y pidió perdón. Pero en medio de su turbación sonrió de placer. Sería el oficial portador de la alegría para todos los niños del mundo y, además, había sido el primero en obsequiarla al hijo de Dios.

Cuenca, diciembre de 1960



Dos
....

El árbol
de Navidad

A Belén había llegado, tras largo recorrido, una pareja que, en medio del bullicio de la gente, no dejó de llamar la atención no obstante la sencillez con la que actuaba.

Él solemne y digno, a pesar de la notoria modestia de sus prendas. Ella dulce, encantadora, exenta por completo de adornos, de los que no necesitaba para hacer resaltar su gran belleza. Él tiraba de la cuerda que servía de bozal al jumento en cuyo lomo ella iba sentada, con claros signos de fatiga. Venían desde Nazareth, donde habitualmente vivían, a fin de cumplir la orden del emperador Augusto, de censarse en el lugar de nacimiento. José, que así se llamaba el peregrino y que era vástagos de la casa de David, provenía, por causa de ese noble linaje, de la sureña tierra de Belén y debía, por tanto, inscribirse allí. María, su joven esposa, debió acompañarle pese a su avanzada gravidez, y por ella sufría, pues las largas jornadas del viaje, el nada placentero bamboleo al que le sometió el borrico, el hecho de marchar a la intemperie, justo cuando el invierno se hacía ya presente... provocaron en su ánimo y en su

organismo el cansancio que bien se advertía en su precioso rostro.

Cuando acudieron, junto con otros viajeros, a la única posada de la aldea, el dueño, que no se daba abasto para atender a tanto huésped y despedía a los recién llegados con tono áspero, al reparar en el estado de María, reaccionó con humano y encomiable gesto.

No siéndole posible dar asilo alguno en su morada, porque se hallaba llena hasta en el más apartado e incómodo rincón, encaminó a la pareja hasta un rústico cobertizo que servía de pesebre y que había sido construido aprovechando la oquedad de una roca ubicada en los linderos del extenso huerto. El huerto daba al campo abierto, donde el Cielo y la Tierra se fundían, en la cerrada obscuridad de la noche, que apenas permitía adivinar el horizonte. Allí y en esa noche nació Jesús, el Dios hecho hombre. Allí le adoraron los ángeles y los pastores. Hasta allí llegó, días más tarde, arrastrando su larga y luminosa cola, la estrella de Belén y tras de ella, los nobles Reyes Magos

que, rindiéndole honores, le entregaron el oro, la mirra y el incienso.

Días después, en la lejana Jerusalén, el rey Herodes despedía a los tres monarcas que se hallaban de paso, viajando hacia occidente, por el camino que la hermosa estrella les mostraba desde el firmamento. Eran Gaspar, Melchor y Baltazar, los Reyes Magos que venían desde Oriente para venerar al Mesías.

Tan pronto como ellos abandonaron el palacio, Herodes, sin poder contener su rabia, con el rostro congestionado, buscando ahogar en el alcohol su permanente insatisfacción, asíó la dorada copa que un esclavo le ofrecía y sorbiendo vorazmente su contenido, paladeó el obscuro licor que le ayudaba a pensar mejor el modo de ejecutar, sin trabas, sus maldades. Tenía los ojos enrojecidos y en la tupida barba le brillaba, en asquerosa danza, una mezcla de baba y de vino, que le hacía de veras repugnante.

Desde tiempos inmemoriales, los profetas venían anunciando el nacimiento de un niño que

cambiaría al mundo. Sería de la estirpe de David y nacería en la misma región del sur de Israel, donde había nacido el rey que venció a Goliat y fundó Jerusalén. Sería el Mesías, es decir el enviado de Dios y vendría a ser el salvador de su pueblo, que habría de reconocerlo como *rey de los judíos*. La presencia de los Reyes Magos provenientes de las lejanas y casi mágicas tierras de Oriente, que venían a rendir pleitesía a ese niño, había acabado por trastornar a Herodes, que sintió de pronto amenazado su poder, su trono, su inicua autoridad. El deseo de destruirlo se volvió una obsesión y por ello, desesperado, decidió llevar a la práctica el siniestro remedio que en su largo cavilar había fraguado. Dar muerte, sin excepción, a todos los infantes que hasta la tierna edad de los dos años moraban en su reino. Tan loca medida le fue dictada por la duda, al no saber con exactitud desde qué tiempo debía considerar como peligroso, a quien había venido al mundo para ser no solo el rey de los judíos, sino del orbe entero.

La macabra orden no se hizo esperar. Surgió de pronto y se regó en silencio para ser cumplida,

simultáneamente, por todas las guarniciones que había en los caseríos y en los caminos que accedían a Belén, la ciudad a la que los profetas señalaban como la escogida por Dios, para que sobre su tierra brotara el Mesías. Se la cumplió prolijamente, con la crueldad propia de quien la ordenara, dándose así, el pavoroso “degüello de los santos inocentes”, del que la historia nos da perfecta cuenta.

Ignorando por completo el descabellado mandato de Herodes, los Reyes Magos avanzaban su marcha y para el sexto día del mes primero, la estrella que desde el cielo les guiaba, se detuvo sobre el mísero pesebre, que a pesar de todo, daba tibio cobijo a la sagrada familia. Los Reyes habían consentido, aunque no bajo promesa, pasar por el palacio real, a su regreso de adorar al niño, pues muy astutamente les había hecho creer que también él, Herodes, quería rendirle honores y para ello, necesitaba saber su paradero. Sin embargo, un ángel del Señor se presentó y les dijo que torcieran el rumbo y que no entrasen en Jerusalén, porque el taimado rey solo quería acabar con ese niño.

Escucharon los Magos tal consejo y por otro camino aligeraron la marcha de regreso a sus países. Herodes, impaciente, aguardaba.

Esperó y esperó, cada vez más molesto. Ni su casi permanente embriaguez, ni su absoluta entrega a la disipación y a los placeres, le hacían olvidar ese nacimiento que para él se presentaba como un asunto de vida o muerte.

Postas y relevos oteaban los caminos por descubrir las huellas de los Reyes Magos, pero todo fue inútil, hasta que al fin cansado y en previsión de que el desconocido infante se le escapara de las manos, ordenó custodiar todas las salidas. Pero Herodes, dominado por su fatuo orgullo, no contó con que la Providencia velaba por el pequeño hijo de José y de María, a quienes el ángel del Señor se hizo otra vez presente para advertirles del peligro y ordenarles su huida hacia Egipto.

Cuando en su forzada marcha hasta la salvadora frontera, se hallaban ya muy próximos a ella, advirtieron con cierto sobresalto, una marcada

agitación en el pequeño villorrio asentado en medio del desierto, más compuesto de tiendas de campaña que de verdaderas casas. Un sordo rumor se elevaba, confundiendo gemidos y lamentos, con groseras y soeces imprecaciones, súplicas con amenazas, angustia con furor. Las miradas de José y María se cruzaron sin disimular el sobresalto. Ella apretó en su regazo al hijo amado, él comenzó a escudriñar ansioso en el entorno, buscando instintivamente algún refugio. Las dunas se sucedían barridas por el viento que, caprichosamente, cambiaba sus formas y tamaños. El fiel jumento, negándose a avanzar, puso en ristre sus largas y puntiagudas orejas y adelantó hacia el viento su hocico y sus narices, para olfatear nervioso el aire portador de noticias dolorosas: los soldados de Herodes, cumpliendo la orden dada y procurando que nadie escapara al real designio, vigilaban celosos la frontera, continuando sumisos el degüello.

La llegada del grupo peregrino debió ser descubierta, pues al ritmo de un frenético galope, un pelotón de relucientes cascos se

desprendió del mísero recinto y enfiló hacia donde la sagrada familia, sin atinar el rumbo, se había detenido. De pronto el buen José, con la faz transparente y las pupilas agrandadas a causa del estupor y el miedo, reparó en que a su diestra, casi como un milagro, emergía gigante y solitario, un árbol raro, al que sin darse cuenta, encaminó sus pasos, tirando fuertemente de las bridas que al asno sujetaban. Y mientras avanzaba, hundiéndose en la arena y tornando a mirar a los soldados, examinaba ansioso lo que consideraba una inesperada aparición.

Era un árbol extraño que según los viajeros crecía con profusión en las norteñas y frías regiones de más allá del Líbano. Tenía la curiosa forma de un triángulo con la base a poca distancia de la tierra, como suspendido en el aire, pues el tronco a penas visible parecía incapaz de sostener la mole de verde ramaje que hacia el cielo se disparaba. Esa insólita forma del árbol solitario, contrastaba escandalosamente con las esbeltas y gráciles palmeras que con el tronco desnudo se elevaban, y nunca a tal altura, para solo en el extremo libre, provocar una explosión

de ramas y de frutos... con los robustos cedros, que más esporádicos que estas eran sin embargo mejor conocidos por su leñoso tronco, sus alternadas ramas y su follaje dispuesto sin orden ni armonía, a capricho pleno de la madre naturaleza... con los abundantes olivos que a fuerza de ser vistos a diario, pasaban casi inadvertidos para los ojos de quienes habitaban esos lares, por ser una parte inseparable del paisaje, con retorcidos y nudosos troncos, con abundante fronda, de un verde que se hace plata al jugar con el viento y con la luz.

Mas un árbol así, con el ramaje tan tupido y bajo, dispuesto equilibradamente, como peldaños que invitan a subir al cielo, como pájaro inmenso que ha hincado su pico hondo en la tierra, quedándose sin vida, pero con las alas abiertas, en un afán de abrazar al infinito... resultaba ciertamente insólito, increíble, fuera de tono en ese ambiente. Por ello su presencia infundió siempre un respeto, en el que el miedo ocupaba un muy alto porcentaje. Por ello, los cansados viajeros, si bien lo admiraban y complacían la mirada en su exótica belleza,

nunca se acercaban demasiado, guardando más bien una respetuosa y considerable distancia.

José, a pesar de llevar el ánimo conturbado, contempló extasiado el frondoso abeto. Conocía, por su profesión de carpintero, de muchos vegetales de variadas especies, que ofrecían su ser íntegro como materia prima para las obras, pero nunca había visto nada igual. Repentinamente se había sentido atraído por esa masa verde y casi por instinto, tirando siempre de la cuerda del borrico, se fue acercando al árbol que, al impulso del viento, parecía que le llamaba con rítmicos movimientos de su anguloso penacho. Deambuló en torno de él, constatando que el inmenso y verdinegro triángulo que desde lejos se apreciaba, se prodigaba generosamente, en una armoniosa perspectiva cónica que ofrecía un cobijo amplio y al parecer seguro.

La masa incommensurable de la arena, cortada a tajos por el sol y el viento, les quitó de la vista a los soldados y de repente, un sonido sibilante, como de gruesas ramas que se desgajaran del

tronco padre, produjo en la pareja un escalofrío muy próximo al desmayo. Una densa negrura les envolvió, sin que se dieran cuenta. Una angustia mortal les hizo presa: María sollozaba, José, jadeante, pronunciaba retazos de palabras. El niño, sin embargo, sonreía, acunado en los amantes brazos de la madre. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué de pronto, ante la luz de ese atardecer, todo se volvió lóbrego? José, sin soltar las riendas, buscó a tientas, con la mano libre, la tibia y querida carga que reposaba en el lomo del jumento. Suavemente los bajó de la cabalgadura y ya en el suelo, los apretó contra su cuerpo a la madre y al hijo, en un desesperado gesto de amorosa protección. Más allá de la negrura inmensa que les circundaba, comenzaron a escucharse airadas voces, relinchos, jadeos y el sonido de pasos amortiguados por la arena, que parecían girar en desordenado tropel en torno a ellos. De cuando en vez se oían también ciertos sonidos raros, como el choque de armas contra un muro invisible. Vino luego un letargo que relajó sus miembros y los llevó por el plácido camino de los sueños.

Lo que había ocurrido, visto desde el exterior, por los soldados, era también insólito y extraño. Las huestes de Herodes, que cumplían la orden de decapitar a los inocentes, buscando liquidar entre ellos al Mesías, habían reparado en la presencia de los caminantes, hacia quienes enderezaron su andar y su celoso empeño de cumplir la orden del malvado monarca. Pero mientras cubrían el trecho que los separaba, los vieron esfumándose en la arena. Las movedizas dunas les quitaban de su vista por momentos y en otros, tornaban a encontrarlos como en un cuadro móvil que, ante sus ojos cargados de fatiga y sangre, parecían vibrar, descomponiéndose, en las temblonas espirales de los espejismos. Ellos, los soldados, habían visto... o creyeron ver... la figura de un hombre que halaba por la brida a un borrico, sobre cuyos lomos llevaba quizás a otra persona que, con un largo manto, se cubría del sol y la ventisca. Pero cuando por fin llegaron hasta el árbol inmenso, nada encontraron, excepto la mole verdinegra del abeto que había bajado con pesadez sus grandes ramas, hasta cubrir el suelo mismo, en un desconcertante ademán

de cansado centinela, que cediendo al sopor, se había dormido, recogiendo sobre su propio cuerpo, la infinidad de brazos que en torno del vigoroso tronco le crecían.

Qué no hicieron los soldados por separar del suelo esos caídos brazos protectores, según lo presumían, de las figuras que habían atisbado en lontananza. Estaban adheridos a él, con tanta fuerza, que parecían haber echado raíces invisibles y profundas. Primero, intentaron levantarlas con las manos o al menos separarlas. Unos ensayaron cortarlas a golpes de sus espadas, otros quisieron atravesarlas con sus largas y afiladas picas, pero unos y otros renunciaron muy pronto a sus intentos, porque, cual un muro infranqueable, ese gigante fardo de púas aguzadas, resistía a todos los embates.

Rendidos por el cansancio y por la rabia que les provocaba su impotencia, se tendieron en la arena, a fin de cobrar fuerzas para continuar la búsqueda de aquellos viajeros a quienes consideraban fugitivos. Alguno razonó con mucha lógica que, si para ellos resultaba

imposible abrir un mínimo orificio en esa extraña pared, debió haber sido mucho más grave, intentarlo siquiera, por parte de tales peregrinos. Otro comenzó a decir en altas voces una especie de reflexión interrogante, sobre si realmente habría la seguridad de que los vieron o si solo se trataba de una más de esas fantásticas apariciones del desierto. Los más ya no pensaban, ni hablaban, ni escuchaban. Querían, únicamente, reposo para el cuerpo agotado y calma para su conciencia atormentada, que les reprochaba, constantemente, la realización de tantos crímenes, de los que eran sus ejecutores.

Todos, sin embargo, cobijándose a la grata sombra de ese árbol transformado en fortaleza, le contemplaban de abajo arriba, como a una obscura pirámide que, en medio del desierto, rítmica aunque pesadamente, se balanceaba movida por el viento. El débil sol del invierno recién llegado, se filtraba a intervalos por la tupida enramada en iridiscentes haces, como si fueran sonrisas deslumbrantes de unas grandes y burlonas comisuras. Tales destellos se descomponían en colores, que le hacían aparecer

al gigante abeto, como un árbol cargado de brillantes e incontables frutos que destilaban luz. La visión se repetía con creciente insistencia, conforme el sol declinaba hacia el ocaso. Las horas habían transcurrido sin descanso y al borde del crepúsculo vieron, o al menos creyeron ver, colocada en su cúspide a la inmensa y luminosa estrella de Belén que, arrastrando su larga y elegante cola, parecía servir de esperanzador eslabón entre el árbol y el cielo. Esa era la misma estrella que los Reyes Magos de Oriente persiguieron, hasta llegar a tierras de Judea, para adorar al Dios que había nacido.

Sobre cogidos por un súbito y simultáneo deslumbramiento, los soldados puestos de pie se frotaban los ojos, buscando despertar de lo que parecía un sueño, y luego se dieron a girar en torno al árbol, tratando de evitar las filtraciones de ese sol poniente al que echaron la culpa de la rutilante visión. Pero nada cambió. No importaba el ángulo desde el cual le mirasen, por todos lados, el decorado abeto ofrecía esos brillantes frutos de colores diversos, que despedían luz intermitente. Un desconcertante fuego que les

producía un placer inexplicable, prendió en sus corazones —hasta aquel momento endurecidos por tanto crimen cometido— y quemó todo lo que de ferocidad, odio, amargura y maldad se había en ellos acumulado. Ese mismo fuego purificador latió en sus sienes y les produjo la clara comprensión de tal prodigo, como si las luces que atónitos miraban, hubieran penetrado sus cerebros. Sin siquiera cruzar entre sí una palabra, transfigurados, felices, cayeron todos de rodillas en actitud de sumisa reverencia, ante lo que al fin les era revelado como un designio inequívoco, del Dios omnipotente, que guía el andar del universo.

En el instante mismo de postrarse, vieron con regocijado asombro cómo el árbol guardián, muy suavemente, levantaba sus ramas en ademán de plácido desperezamiento, hasta ponerlas otra vez horizontales y uniformemente distribuidas. Debajo del follaje, la sagrada familia, se recobró al instante del letargo. José, desesperado, volvió a proteger entre sus brazos a María, que apretó entre los suyos al pequeño. Sin darse cuenta fue con su preciosa carga, retrocediendo precipitadamente, hasta sentir en sus espaldas la dura resistencia que

le ofrecía el tronco del gran árbol. No atinaba a poner en orden sus ideas, pero al ver en su torno la presencia de hombres tranquilos, postrados en la arena en actitud de franca reverencia, cambió su pánico inicial en mudo asombro, fue distendiendo sus músculos y haciendo circular sin más tropiezos, el torrente de sangre casi congelado.

Vio José y lo vio María, que el grupo de soldados, en silencioso gesto de respeto, descubrían sus testas sudorosas y, siempre de rodillas, se acercaban tan mansos y sonrientes, como en noches pasadas lo hicieron los pastores. Ella, sin temores, echó hacia atrás el manto y descubrió ante los ojos, bañados en ternura, de aquellos hombres rudos, hasta hace poco irascibles y feroces, la figura graciosa y delicada del niño. Lo depositó en el suelo, envuelto en sus pañales, para que fuera visto y admirado a plenitud por quienes horas antes lo hubieran degollado.

El árbol resplandecía cada instante con más fuerza. Las luces que por doquier le engalanaban, danzaban en sus ramas al ritmo de la brisa. En ese movimiento tintineaban y el musical sonido

que lanzaban, pronto se convirtió en celeste melodía que exaltaba la gloria inmarcesible del Dios encarnado en esa frágil y tierna criatura.

Cuando la música concluyó, salieron de su embeleso los soldados. Se dieron cuenta, entonces, que, atraídos por la visión sin par, los pocos pobladores del recinto, desde donde ellos partieron, persiguiendo a los extraños, habían acudido presurosos. También tocados por la gracia del infinito amor allí representado por el divino infante y por el singular prodigo del árbol trastocado, primero en fortaleza y luego en luminoso altar, habían caído de hinojos para rendir pleitesía a quien, sin duda alguna, era el Mesías.

Tras el fervor callado, vino un murmullo tenue que fue elevándose a franca algarabía. Un militar fornido, que llevaba en el rostro, confundidas, las huellas de la edad con hondas cicatrices, se puso en pie y con la voz solemne, atributo del mando que ejercía, les ordenó callar. Dirigiéndose al niño, le pidió su perdón por tanto mal causado y agradeció el milagro de haberlos convertido en hombres nuevos. Rogó luego a José y a María que

se alistarán para retomar la marcha hacia Egipto, hasta cuya cercana frontera, ellos los escoltarían, antes que la noche se cerrara y fueran relevados por una nueva guardia.

María tomó en brazos al niño y José, dulcemente, les colocó de nuevo en la grupa del borrico. Todos los presentes, formando un gran cortejo, se pusieron en camino hacia el punto en el que una enorme roca, señalando el lindero, cobijaba una maltrecha empalizada donde la guardia del Faraón controlaba el ingreso y la salida de cada viajero. Conforme avanzaban, las luces del abeto se iban apagando, hasta quedar encendida, únicamente, la estrella de Belén.

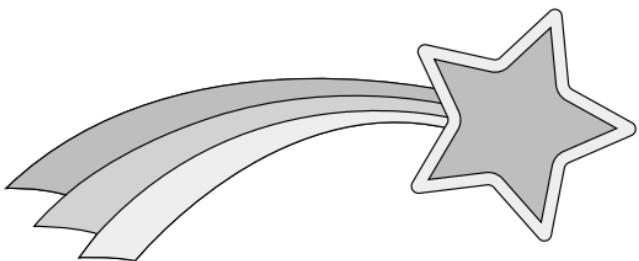
Cuando la sagrada familia traspuso la frontera, la estrella se elevó en el firmamento, haciéndose cada vez más pequeñita hasta confundirse con sus hermanas que reemplazaban al sol ya sepultado.

Cuentan que desde entonces, cada año, el hermoso abeto se engalanaba, rememorando

cómo fue instrumento de la Divina Providencia, para salvar a Jesús de la funesta crueldad del rey Herodes. Siglos más tarde, cuando los caballeros de Occidente emprendieron la hazaña de reconquistar los santos lugares, hallaron con sorpresa que, en los terrenos bajos de la vieja Palestina, en las antiguas fronteras con Egipto, la gente, en las navidades, adornaba sus árboles caseros para recordar el prodigo aquí narrado. Tomaron para sí la idea y la llevaron de vuelta a sus hogares, donde a fuerza de repetirla año tras año, se hizo tradición y se extendió muy pronto al mundo entero.

Por ello, cada año las familias creyentes adornan en la Navidad sus arbolitos, al pie del cual, imágenes de la sagrada familia recuerdan el portento. Allí se espera, como el mejor regalo del niño Jesús, que se enciendan de amor los corazones, haciendo de cada uno de nosotros una persona nueva, dispuesta a practicar el bien, a ser un instrumento de la comprensión y de la paz.

Cuenca, diciembre de 1989



Tres
....

El ángel
de la ternura

Los ángeles, conforme lo sabemos, no tienen edad ni cuerpo, porque en el Cielo, el tiempo y el espacio no existen. Sin embargo, gracias a que son “buenas personas” y a que, por voluntad de Dios, deben hacer muchas cosas por los hombres e incluso como si fuesen hombres, se presentan a veces con ciertas características humanas en las cuales el tiempo y el espacio juegan su rol particular y los muestran como dotados de una edad y de un aspecto que nosotros nos permitimos atribuirles. Por esta razón es que podemos hablar de ángeles grandes, gordos y de una larga barba blanca, como Noel; ángeles de piel curtida y de diferentes razas, como los Reyes Magos; ángeles con el cuerpo y la carita de niños, como los bebés recién nacidos; ángeles con la apariencia de mujer, como las madres buenas y las amorosas abuelitas; ángeles de proverbial belleza y en plena madurez, que les otorga un rango y una jerarquía especiales en el Paraíso como Gabriel, Miguel y Rafael; ángeles, en fin, con la figura de adolescentes, un poco despreocupados y un tantito impertinentes, como Serafín, el travieso angelito que siguió

a la estrella de Belén, hasta el pesebre donde nació el niño Jesús.

En el Cielo, como no puede ser de otra manera, todo es orden y armonía. Cada uno de los santos, ángeles, vírgenes, serafines y arcángeles que lo pueblan, saben bien lo que tienen que hacer y lo hacen a la perfección, precisamente por tratarse de seres que se encuentran cerca de Dios. No obstante, por el contacto que necesariamente deben mantener con los mortales y especialmente con aquellos que más problemas tienen —y por consiguiente más oportunidades encuentran de flaquear en su propósito de ser buenos y correctos— algunos ángeles incurren en ciertas pequeñas fallas, similares a las de los hombres, fallas que, al fin, el buen Dios les perdona, como lo hace con los mortales, por el infinito amor que guarda para todas sus criaturas y lo que es más, les concede lo que podríamos llamar, la realización de algunos caprichillos.

De la infinita gama de ángeles que existen en el Cielo haciendo sus tareas propias, o en la Tierra cumpliendo alguna específica misión, hay un

grupo selecto, por todos querido, por todos respetado. Es el grupo de ángeles que representa entre los hombres el papel incomprendido de custodios de su desinteresado amor, de su fe, de su paciencia, de su definitivo encauzamiento por el sendero de la comprensión y de la solidaridad humanas. Son *los ángeles de la ternura*.

Paradójicamente, sin embargo, por ese defecto propio de los seres humanos, por esa congénita falta de disposición para entender y aceptar desde el primer momento los designios divinos, estos pacientes angelitos son por lo general repudiados, mal recibidos y hasta vilipendiados. Porque se toma su llegada a cualquier hogar como un castigo del Señor, como una desgracia no deseada ni al peor de los enemigos, como la causa determinante para la infelicidad de la familia. Y es que estos tiernos personajes, cuya misión primordial es la de procurar que se continúe la hermosa e incomprendida tarea de la redención, se presentan, por especial disposición de Dios, para que mejor puedan cumplir su cometido, bajo la modesta apariencia de seres humanos: incompletos, defectuosos

tanto física como psíquicamente, inferiores a los demás. Por ello, como si el hombre fuese a plenitud un ser perfecto, se los colma de epítetos y nombres: unos feos, otros tontos, la mayoría ridículos y ofensivos, todos impropios. Es, precisamente a causa de este inconveniente modo de tratarlos, de la burla o el desprecio de que suelen ser víctimas, del odio con que a veces son mirados, de la ira impotente que en ocasiones y para muchos, su presencia provoca, que algunos de ellos, siendo ángeles a plenitud, han acabado por rendirse, por sentirse frustrados al terminar tal o cual ciclo de vida humana que les fue confiada. Por ello, en el pequeño casi imperceptible instante que media entre el fin y el comienzo de estas misiones, suelen solicitar vehementes, un cambio de ocupación, una tregua en su fatigoso, interminable y casi siempre fracasado combate a la incomprensión.

Miguelín era uno de estos ángeles a los que la ardua y casi imposible tarea de sembrar ternura por el mundo, había efectivamente agotado. Él se creía un fracasado, porque casa a la que fue, casa que se volvió un infierno. Sus padres de

turno, por lo general, le miraron horrorizados, como el causante de infinitas amarguras y fue constantemente repudiado, tomado como el pretexto de continuos enojos y mutuas e inmotivadas inculpaciones. Por él fueron frecuentes las revisiones y las indagaciones sobre los ancestros, la moralidad de las costumbres, la práctica de supuestos o reales vicios de los padres, abuelos y tatarabuelos; hasta sobre la alimentación se averiguaba a fin de encontrar la “causa de tal calamidad”. Por culpa suya —se decía Miguelín— la armonía de varias familias se hizo polvo, pues se dispersaron sus miembros, unos porque querían alejarse del “castigo”, otros porque pensaban que no les correspondía arrastrar con tal “vergüenza”. En la mayoría de los casos solo recibió desprecio; en todos fue motivo de estricto y cuidadoso aislamiento.

Durante su interminable deambular, él había visto que algunos de sus colegas, sin llegar a la culminación de su noble cometido, lograron, sin embargo, despertar una real ternura, cuando menos entre sus padres y hermanos adoptivos, posibilitando así su identificación, su revelación

como seres celestiales. En cambio, él nunca pudo hacerlo, a pesar de que era muy simpático, con su carita de rasgos delicados y sus ojos brillantes, aunque pequeños y rasgados. Siempre recibió los peores desprecios, los más cáusticos, injuriosos y mordaces comentarios. Frecuentemente fue abandonado a las puertas de los orfelinatos. Varias veces le obligaron a fungir de mendigo, al que toda clase de inclemencias persiguieron.

La última tarea que se hallaba cumpliendo, al borde de terminarla, fue ya la culminación de lo que Miguelín consideraba su fracaso, su desgracia: al momento que “descubrieron” lo que se calificó como “tragedia hogareña”, la que aparentaba ser familia unida y feliz, se vino al suelo. Los hijos mayores, aunque eran adolescentes solamente, huyeron de la casa con el pretexto de educarse mejor en ciudades más grandes e importantes. El padre encontró la ocasión propicia para practicar con más esmero lo que ya venía haciéndolo con cierto disimulo, la bebida, que lo condujo a la ruina total y al suicidio. La madre se hizo loca gradualmente. En medio de sus arrebatos trató varias veces

de matarle, hasta que logró su propósito, envenenándolo. Mientras “agonizaba”, Miguelín desesperado rogó a Dios que no le diera más misiones como esa, que al menos por una vez le permitiera actuar en medio de humanos que le amaran y que le posibilitaran cumplir su misión de dar ternura.

Había en la Tierra, en una linda ciudad donde la mayoría de su gente fue ciertamente buena y generosa, una familia casi recién formada, que gozaba de la vida porque ella y él amaban sus cosas más sencillas: la caída del sol tras las colinas, el cielo con estrellas, los ríos cantarinos y sus aguas bullentes y espumosas, las flores encendidas, el trinar de las aves, la risa de los niños. Tenían la inmensa fortuna de ser los más queridos entre los miembros de sus respectivas familias. Eran, como suele decirse, los “niños mimados” de sus padres, hermanos, abuelos, tíos. Sus amigos, unos mutuos, otros de cada quien, les tenían en muy alta estima y consideración. De los que simplemente los conocían, los más

les respetaban, parece ser que algunos les tenían “sana envidia”, no pocos les admiraban, y por supuesto, habrá habido también uno que otro que en el fondo de su alma les odiaba, y vaya a saberse por qué. Él ocupaba, por elección popular, un alto cargo en su ciudad, lo cual le trajo, además de la animadversión de algunos de sus contendientes perdedores, también la rabia de quienes quisieron hacerle instrumento de su ambición, de su codicia o de su afán de aparecer como importantes, y al no conseguirlo, se volvieron sus más acres censores. Antes del año de casados les nació un niño rubio, a quien, como es natural, ellos veían como al mejor del mundo, que se encargó de colmar de felicidad y de propiciar un más sólido amor en ese hogar que día a día se consolidaba de mejor manera.

De pronto, todo comenzó a cambiar. Un día, cuando él viajaba conduciendo su propio coche, tuvo un accidente que por poco le costó la vida. Mientras estuvo hospitalizado, curando una a una las graves y dolorosas heridas, arreciaron los ataques y las críticas, las injuriosas y distorsionadas referencias a su acción de

funcionario, los golpes más arteros de quienes a las claras mostraban su disgusto porque el dicho accidente no resultó mortal. Cuando ya en su casa y luego en la oficina, atendía con esmero su trabajo, haciendo, paralelamente, la rehabilitación de sus miembros afectados, fue el período en el que más exigencias le plantearon. Y como si estas preocupaciones no bastaran, un desaprensivo ciudadano, de esos que no desaprovechan ocasión para perjudicar al prójimo, tras hacerle comadre, le estafó en una considerable suma, en base de una garantía arrancada con súplicas y promesas, lo cual vino a desequilibrar su economía nunca muy holgada. Para colmo, su madre, una dulce viejecita que con singular entereza disimulaba sus achaques, no pudo ya más y comenzó a mostrar los signos del debilitamiento que acarrean los años de entrega y sacrificio, al cuidado de nada menos que diez hijos. Parecía pues que su suerte se había agotado por completo, que después de una vida tan dichosa como la que había llevado, le tocaba saborear lo amargo de las desgracias a las que desde entonces pudo ver que, por cobardes, nunca andan solas, sino en bandada.

A pesar de la ininterrumpida cadena de desgracias, un acontecimiento especial trajo, según se adivinaba, nuevos atisbos de felicidad para el pobre señor que no atinaba a comprender por qué de pronto la fortuna le volvía las espaldas. Su joven y linda señora le anunció que estaba embarazada de nuevo. Venía el segundo hijo que, naturalmente, debía ser como el primero, una singular y luminosa fuente de cuotidiana dicha, en medio del turbión que le azotaba. Comenzaron a hacerse las consabidas cábolas: si será otro varoncito o si será una niña; si le sentará bien este nombre, este otro o aquel; si será también rubio o vendrá con los cabellos negros o castaños; a quién se parecerá...

Nació a fines de septiembre, sin dar problemas a su madre. Se dijo que un poco prematuramente, porque mostró ciertas deficiencias que obligaron a colocarlo por varias horas en una incubadora. Era nada menos que... Miguelín quien cumpliendo a cabalidad su papel comenzaba por mostrarse débil, en inferioridad de condiciones respecto de los demás niños.

De un largo viaje que debió emprender, a causa de su trabajo, casi a continuación del nacimiento de su segundo hijo, el señor regresó optimista y deseoso de cumplir con un mayor esmero su trabajo y de entregar un poco más de tiempo a su familia.

Tanto él como su mujer trataban de disimular, incluso entre ellos, el desasosiego que les producía ver que el nuevo niño era... diferente. Sobre todo, diferente al hermoso chico rubio que recién había cumplido sus dos años. Pasaban los días, las semanas y ese “no sé qué” que se advertía en el pequeño, se iba haciendo más notorio para sus padres que lo miraban cada vez con mayor atención y cuidado. El abuelo materno —que era médico y que desde el primer momento se dio cuenta de que su nuevo nieto era “especial”— no pudo resistir ya más las desesperadas preguntas de su hija y acabó por confirmarle a la pareja eso que, de acuerdo con el generalizado criterio de la gente, era “una amarga realidad”. Cuando el padre le

oyó, aunque ya sospechaba la presencia de algo raro, extraño, recibió dicha confirmación como un golpe potente y sorpresivo que le hizo sentir que el mundo se le había venido encima. Torpe e ignorantemente, como todos los que reciben esta inesperada visita, reiteradamente se preguntaba ¿por qué?, ¿por qué?, en medio de sollozos, pues consideraba, como todos, un *verdadero castigo* lo que le había ocurrido. Fue su mujer, con una entereza inesperada y admirable, guiada sin duda por ese incomparable don que a las madres acompaña, quien tomó el asunto con más calma y procuró tranquilizar a su marido. Pero él no comprendía, pensaba que en la larga cadena de sufrimientos que le había tocado vivir últimamente, este era el solo eslabón que le faltaba. Renegó, protestó neciamente de su suerte y con la angustia clavada en la garganta, anduvo por semanas.

El día de Navidad fue a casa de su madre, a fin de saludarla como en todos los años. La dulce viejecita vivía con sus tres hijas solteras, quienes de tanto amar al triste hermano, le conocían a plenitud, por lo que comprendieron desde el

primer instante del saludo, que algo doloroso le ocurría, a pesar de que se esforzaba por disimular delante de la madre a quien no quería causar mayores penas. Al fin se dieron modos para estar a solas. Con voz entrecortada por el llanto, el hombre contó su “tragedia”. Esperaba quizás una reacción también de angustia, de despecho, de un desesperado quejarse de la vida y de la suerte. Pero no fue así. Bañadas en un llanto silencioso, solo atinaron a abrazarle, como queriendo protegerle.

—Es voluntad de Dios, es don del Cielo; él nos ha de unir más —decían entrecortadamente— nosotras le cuidaremos, será nuestro.

Esa tierna actitud de las hermanas, el temor de preocupar a la madre y quizás el hecho de haber podido desahogarse a plenitud, hicieron que poco a poco se calmara. Ya tranquilo, regreso a su casa donde encontró a su mujer con expresión radiante.

—¿Qué milagro pudo haber ocurrido? —
Pensaba.

—Acaso fue una equivocación de los médicos —se atrevió a imaginar, esperanzadamente.

Pero no... era un milagro más grande todavía. La joven y linda señora que encendida de amor contemplaba horas enteras al pequeño niño, logró esa comunicación que solo puede darse entre madre e hijo, y a través de ella, guiada por el rítmico vaivén de los ojitos y por la dulce sonrisa que únicamente a la señora brindaba, descubrió el prodigo. Era un ángel de la ternura que había venido a acompañarlos. Era un *ángel de la guarda colectivo* que les había mandado Dios para hacerles mejores, para tener más vivo ese sagrado fuego del hogar que, encendido por el amor, solo por el amor debía consumirse.

Ante la desconcertada mirada del marido, la joven señora, con una de esas sonrisas suyas que la hacían más linda todavía, comenzó a explicar al atónito señor:

—Debemos dar gracias a Dios porque nos ha considerado capaces de ofrecer ternura, amor,

bondad. Y sobre todo debemos esforzarnos por ser dignos de este singular encargo. Es un hijo con el que siempre podremos contar, que nunca nos abandonará... los otros, el que ya tenemos y los que seguramente vendrán, tendrán tarde o temprano que hacer sus propias vidas. Se casarán sin duda, se alejarán tal vez, pero este, precisamente por ser un angelito, no nos dejará jamás. Su vida nos pertenece por entero.

Al principio, el pobre señor pensó, con reavivada aflicción que su mujer, vencida por el dolor que a él le atormentaba, pero que no se atrevía a demostrarla para no agravar su pesadumbre, buscaba a manera de consuelo, un rayito de luz al que asirse, una justificación que de algún modo le sirviera de paliativo. Pero viéndola tan radiante y oyéndola hablar con tanta convicción y certeza, comenzó por prestar plena atención a lo que oía, luego a meditar sobre lo dicho y por fin, a examinar con minucioso afán el rostro del pequeño a fin de tratar de encontrar también la señal que le permitiera captar ese mensaje que del cielo venía.

Miguelín, por su parte, estaba en guardia. A pesar de su deseo y de su posibilidad de hacer algo para agradar y congraciarse con los humanos que le rodeaban y le contemplaban entre admirados y apesadumbrados, nada debía hacer, por expresa disposición divina, mientras viera que su presencia despertara alguna reacción del más leve reparo, de la más incipiente reticencia. Con su madre no había tenido el menor problema y ello le provocaba una sensación de agrado tal, como nunca antes pudo experimentar. Pero con su padre, parecía que las cosas iban a ponerse difíciles, no obstante que con frecuencia le tomaba en sus brazos, le hacía halagos y caricias, le demostraba un enorme y verdadero cariño, pero siempre acababa llorando en silencio.

Esas lágrimas caían en el ánimo de Miguelín, como hierro derretido en carne viva. No quería ser él, la causa de la infelidad de nadie y menos de quienes le amaban y con tanto entusiasmo le habían esperado. Parecía que su mal no tenía cura, que de algún modo él, estaba destinado a ser el portador de la infelidad,

únicamente. Pero ese día en que su madre vio brillar en sus pupilas su condición angélica, se sintió transportado a un mundo nuevo, a esa felicidad que acababa de descubrirla y que le parecía maravillosa y dio gracias al buen Dios, porque al fin le había escuchado. Ese momento en que su padre le contemplaba meditando en las dulces palabras que su madre pronunciara, embargado de gozo, en el colmo de su felicidad, pudo ver en los ojos de él, de su progenitor, la más grande ternura que podía imaginar, la que justamente estaba llamado a inspirar y casi sin darse cuenta le sonrió por la primera vez, mostrando a plenitud su verdadera naturaleza.

El otrora triste señor le arrancó de los brazos de su madre, le estrechó fuertemente contra el pecho, mientras Miguelín, quietecito, transportado de alegría, se dejaba querer. Su padre le besó como tantas otras veces en la frente, luego en las delicadas y blancas mejillas, en los ojos chiquitos, en el puntiagudo mentón, en las orejas diminutas, y lloraba, aunque esta vez, de incomparable gozo. El milagro de la comprensión también se había hecho en él, con

la misma lucidez que en su mujer y por ello, consciente del tesoro que tenían, se vio de pronto feliz, dueño del mundo.

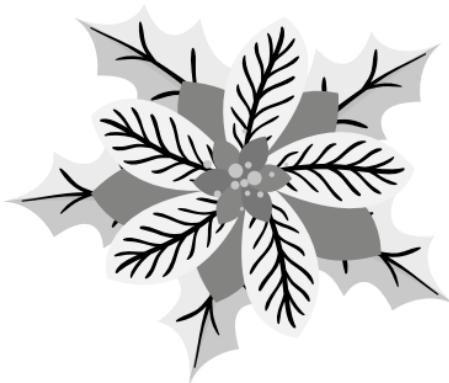
Desde entonces volvió a su espíritu la natural certeza de que Dios le asistía, le amaba, de que a él le importaba, que con aquel maravilloso custodio todo iría bien a partir de ese momento. Y así resultó, pues sereno y entusiasta hizo las cosas mejor, con sincero deseo de mostrarse digno de contar con un ángel visible en su familia.

Gradualmente fueron informados todos los parientes cercanos, los amigos íntimos y los que sin ser ni lo uno ni lo otro, escucharon pasar dicha noticia; y en el ánimo de todos se hizo un hermoso rincón a la ternura.

Todos pensaron —supuestamente con discreción y buen talante— que a la madre del hombre, a la dulce viejecita, escogida para ser la madrina del pequeño, nadie debía decirle del asunto, porque a su edad no era bueno irle con tales inquietudes. Pero todos pudieron apreciar

en su momento, con sorpresa y agrado, cómo cuando ella le cargaba en brazos e inclinaba su arrugado y sonreído rostro sobre la suave carita de su nieto, un intenso fulgor les iluminaba por igual y en los ojos de ambos, se hacía presente un brillo medio burlón, de tierna y traviesa complicidad... pues entre ángeles se conocen y se entienden.

Cuenca, enero de 1982



Cuatro
....

El ansiado
regalo

La comadre Teresa, panadera de oficio, de muy buena posición económica, madre de cinco hijos, llena de vida y de devoción, es, desde hace ocho años, la “priosta” insustituible de los Pases de Niño que todos los 25 de diciembre se realizan en su alegre y tradicional barrio Todos los Santos.

Es ya la víspera de la fiesta y ella se encuentra muy atareada. Sale de un cuarto, entra en otro, regresa, sube y baja las escaleras que conducen al segundo piso de su vivienda-taller. Va al horno y le echa algunos leños o atiza el fuego con el largo punzón. Sus viajes son incontables y sucesivos, a un ritmo que se acelera conforme avanza el día. Es que tiene que reparar el ajuar de la Virgen, el de san José, de los Reyes Magos... contratar la misa, el sermón, la banda, los villancicos... preocuparse del alquiler del burro, del dulce, del pan, de la chicha, el aguardiente, los cuyes, las papas, los pavos y gallinas que han de ir ensartados, exhibiéndose sobre las vistosas colchas que cubrirán los lomos de los caballos de cada Mayoral... en fin, ella tiene que ocuparse de todo. Su cabeza

es un torbellino de ideas, sus manos un portento de trabajo ilimitado y eficiente, sus labios un manantial de donde fluyen a torrentes, las órdenes precisas.

—Joaquín, Joaquín —grita a su hijo mayor, un muchachote de unos dieciocho años que trabaja con su padre en la herrería del frente— corre donde don Manuel y dile que no se olvide, que mañana tiene que alquilarme el burro, que por favor le bañe bien, pero hoy día mismo.

Luego, sin esperar respuesta, va al horno. Da varias nuevas órdenes y sale casi en seguida.

—Luis, Luis —grita ahora y el segundo de sus hijos viene a oírle.

—Mande —dice, disimulando su bostezo de adolescente mal dormido.

—¿Dónde andas metido? —Le reprocha.

—Ahí estaba —contesta eludiendo la respuesta precisa.

—Longote ocioso, ni siquiera a tu taita ayudas. Corre donde tu padrino y dile que no se olvide de mandarme eso que me ofreció... trae bien escondido para que no te vean los guardas. Corre y no te quedes jugando porque ya verás lo que te hago... me estás debiendo muchas... la poma ya llevó él mismo ayer.

Y torna hacia el interior de su fortín. Sus ágiles dedos siguen hilvanando un dobladillo en la blanca túnica de la Virgen.

Sus hijas Anita y Rosa están ensartando mullos en un largo cordel. Anita tiene ya trece años y está muy desarrollada. Este año ella no hará de Virgen María, sino su hermanita Rosa, de siete; tal vez muy pequeña, pero qué más da, su madre hace la fiesta y sus hijos tendrán que ser admirados en las mejores personificaciones.

—¿Y el Abu dónde está? —Averigua.

—Arriba, en el cuarto —contestó Rosa y sin más se volvieron a sus respectivas tareas.

El Abu (por Abundio) era el penúltimo hijo de la feliz pareja formada por la panadera y el herrero. Tenía diez años y era algo más que gordo. Sus mofletes hinchados, sus manos cortas sin rastro de huesos, su abultado vientre, le daban un airecito cómico, pero tierno a la vez. Tenía, además, a consecuencia de una caída, el labio superior deformado por una gruesa cicatriz que le valió el apodo de El Huaquito, como le llamaban sus camaradas de juegos. Y, como si todo eso fuera poco, para colmo de su desgracia o quizás más bien para comenzar su desventura que parecía traerla desde la cuna, nació un 11 de julio y como el santo del día era Abundio y la madre y el padre tan fieles y piadosos, no hubo nada más que hacer... ese nombre le clavaron y para simplificarlo le decían Abu.

Mientras las mujeres hacían sus trabajos, su padre sacaba chispas a los candentes hierros que extraía de la fragua y sus hermanos andaban haciendo los mandados o trasmitiendo

los recados, Abundio, solo en el cuarto que con estos compartía, se miraba en un pequeño espejo suspendido en la pared. Se cubría con las manos el labio lacerado y la quijada, se encogía de hombros y suspiraba. Suspiraba repetidamente y con mucha tristeza, pues anhelaba con vehemencia ser el san José del día siguiente. Su gordura y su fea y enorme lacra eran, según pensaba, obstáculos poderosos para ello, aunque, la amplitud de las ropas, por un lado y la luenga barba postiza, por otro, le alentaban a mantenerse esperanzado, pues, según pensaba, ellas cubrirían sus defectos. Además, su hermano Luis ya no podía serlo. Tenía 15 años y estaba muy crecido. El año pasado ya provocó risitas y comentarios porque la túnica le quedaba demasiado corta y dejaba ver sus velludas piernas. Pero es que Abundio, además, era pequeño. Así lo demostraban sus continuas y disimuladas medidas comparativas que realizaba con sus condiscípulos de la escuela y sus compañeros de juegos en el barrio. Bueno... pero es que también en este año la Virgen iba a estar representada por una niña pequeñita.

No, no y no, sus defectos físicos no le impedirían ser el san José de la fiesta. Ese había sido y lo era todavía su máximo deseo, su más grande ilusión. Ese “regalo” se lo pediría al Niño Dios y él tendría que concederle. Hasta ahora solo había sido un Chuqui más de la comparsa, siempre tenido con ungüentos negros y vestido con brillantes trajes rojos, saltando y saltando de arriba para abajo en medio de la procesión.

Pero Abundio no decía nada a nadie, porque tenía miedo y vergüenza a la vez, de que le diesen un no rotundo y de que se burlaran de él. Con su silencio encubría la secreta esperanza de ver cumplido su sueño.

Llegó la noche y Abundio se durmió pensando en su deseo y en él siguió soñando, en tanto que su madre continuaba en sus múltiples quehaceres, queriendo dejar todo a punto para el siguiente día.

Y vino por fin el ansiado 25 de diciembre. Abundio se despertó muy temprano y sin hacer el menor ruido, a fin de no despertar a

sus hermanos, se levantó y salió del dormitorio tan sigiloso como un ladrón. Su madre se había levantado ya y en la amplia sala del piso bajo, que servía para todo y que ahora se hallaba convertida en un bazar, junto con familiares y vecinas suyas, revisaba y constataba las prendas que vestiría la comparsa, las reclasificaba y les daba el último arreglo, concentrada por completo en su tarea, a tal punto que parecía no reparar en nada más. Sin embargo, con ese tono un poco de reconvención que solía utilizar con sus hijos varones, dijo sin dirigirle siquiera la mirada:

—Ah, en buena hora te levantas, corre a la tienda de la señora Nati y dile que me mande un paquete de imperdibles... y que cargue a la cuenta.

Abundio fue corriendo a cumplir aquel mandado de última hora. Mientras salía raudo, miró al paso, en la ventana, su deslustrado zapato, en el que su padre, el viejo Noel de la familia, le había puesto un carrito rojo de bomberos, que en algún momento había dicho que le gustaría

tener, pero que ahora, ni le importaba, ni le llamaba la atención. Lo que en esa casa contaba cada 25 de diciembre era, únicamente, el Pase del Niño y ahora, para él en particular, verse de orgulloso marido de la Virgen, tirando de las riendas del borrico y siendo el centro de atención, no solo del vecindario, sino de toda la ciudad, porque la fama que la obra de su madre había adquirido, trascendía las limitadas manzanas de las panaderías concentradas en el viejo barrio de Todos los Santos.

Cuando regresó, luego de un buen rato, porque la presencia de varios compradores en la tienda de la señora Nati, no permitió que le atendieran con la urgencia que su madre demandaba, ya todos se habían levantado y había el bullicio característico de ese día. Las dos hermanas menores de su madre, vestían a Rosa y era, precisamente, para arreglar sus ropas que se requerían con premura los dichosos imperdibles. Al verle, le regañaron por su demora y casi le arrancharon el pequeño paquete que traía.

De pronto, sin querer, su vista se fijó en Jacinto, su primo paterno, casi de su misma edad, aunque más alto, de aspecto agradable, un tantito rubio, el eterno Ángel de la Estrella en cada Pase del Niño, al menos desde que él se acordaba. Jacinto, parado sobre un banco, tenía a su lado un cesto con el ajuar de san José y en sus manos estaban las sandalias. Abundio no quiso ver más. Corrió escaleras arriba con las mejillas quemándole como ascuas y un inmenso nudo en la garganta. Se lanzó en su camastro y dando puñetazos a diestra y siniestra en su almohada, rompió a llorar desesperadamente, pero en silencio. Era orgulloso y no quería mostrar su desventura ni provocar que, a causa de una tonta ilusión, se rieran en su cara. Ventajosamente a nadie, ni siquiera a su madre había confiado su deseo. Ese secreto solo lo conocía el Niño Dios y como no había querido concederle, allí moriría, como habían muerto casi todas sus aspiraciones de niño tonto y confiado, como en su rabiar se calificaba.

Había transcurrido un buen rato que él no midió ni tomó en cuenta, concentrado en su dolor y en

una especie de sordo rencor contra la fiesta que, como nunca, le pareció antipática, cansada, ridícula y sin sentido. Las lágrimas seguían corriendo a raudales, como si quisieran apagar las dos ardientes brasas de su rostro.

—Abu, Abu —sonó abajo la voz de su madre, llamándole.

Se paró sobresaltado, se enjugó como pudo el copioso llanto y se decidió a bajar... sería otra vez el ridículo Chuqui de estrambótico danzar. Sí, lo sería, pero nadie sabría de su dolor y desilusión. Bajó las escaleras lentamente, tratando de dominar la angustia que le roía el alma. No veía a nadie ni a nada. Como un robot se condujo hasta detenerse junto a su madre que, preocupada en todo, casi no dio importancia a la presencia de su hijo.

—Apúrate, súbete sobre la caja —dijo sin mirarlo, en tanto tomaba de un canasto de al lado, una verde túnica larga y brillante.

Los ojos de Abundio se agrandaron de asombro. Miró en torno suyo y no encontró a persona alguna. Su madre dirigía la prenda hacia su cabeza y él tuvo el impulso de esquivarla, de “hacerse el quite”, porque estaba convencido de que ese no era su atuendo para participar en el Pase.

—¿Cómo es que no voy a salir de Chuqui otra vez? —Se atrevió a preguntar con voz apenas perceptible.

—Ay— le replicó su madre —entonces ¿quién quieras que salga de san José?

—Pero... si... Jacinto... no sé, no sé... — balbució como sonámbulo.

La señora Teresa reparó por fin en él, a plenitud. Vio sus enrojecidos ojos y los hinchados párpados y le preguntó asustada:

—¿Qué te pasa, te duele algo, estás enfermo? ¿Acaso no quieras salir de san José?

Abundio no oía, su mente y su corazón volaban a dar gracias al Niño Dios por el regalo. Una incommensurable sonrisa ensanchó aún más su redonda carita, mientras lágrimas, ahora de felicidad, bañaban sus mejillas. Su madre, medio turbada y sorprendida, pero al mismo tiempo comprensiva, captó las intimidades de su hijo, le abrazó fuertemente, le acarició la cabeza, el rostro... suavemente le sacudió con ternura las orejas, le dio un caluroso beso en la frente y, moviendo la cabeza, continuó el arreglo.

Cuenca, diciembre de 1961



Cuentos navideños

se imprimió en la ciudad de Cuenca, Ecuador, en noviembre de 2025,
en la Editorial Universitaria Católica (EDUNICA),
con un tiraje de 100 ejemplares.



ISBN: 978-9942-27-317-8



9 789942 273178

e-ISBN: 978-9942-27-318-5



9 789942 273185